

La planificación y la participación ciudadana
son claves para acercarse a la sostenibilidad urbana

Ecologismo urbano y urbanismo ecológico: convergencia necesaria

Carlos Verdaguer

Sería aventurado afirmar que el movimiento ecologista ha superado por completo los prejuicios profundamente antiurbanos que lo caracterizaron en sus orígenes, pero lo cierto es que, a medida que se ha ido fortaleciendo y adquiriendo madurez, su lectura de las relaciones entre naturaleza y ciudad ha ido dejando atrás la perspectiva simplista que abogaba por la sustitución de las ciudades por pequeñas agrupaciones autosuficientes de casas ecológicas rodeadas de huertos para ir adquiriendo la complejidad conceptual que exige un fenómeno como el urbano cuya extensión abarca ya todo el planeta.

Hay que señalar que lo contrario también es cierto: sin las aportaciones de la ecología en sus vertientes científica y militante, la visión imperante en el ámbito del urbanismo *progresista* seguiría siendo la que asociaba calidad urbana exclusivamente a la existencia de un gran parque de viviendas sociales espaciales y bien diseñadas con equipamientos, dotaciones y zonas verdes, sin poner en cuestión el propio crecimiento urbano, y sin considerar siquiera los ingentes flujos de energía, materia y residuos entre las ciudades, sus territorios y todo el planeta que caracterizan y condicionan la dinámica urbana.

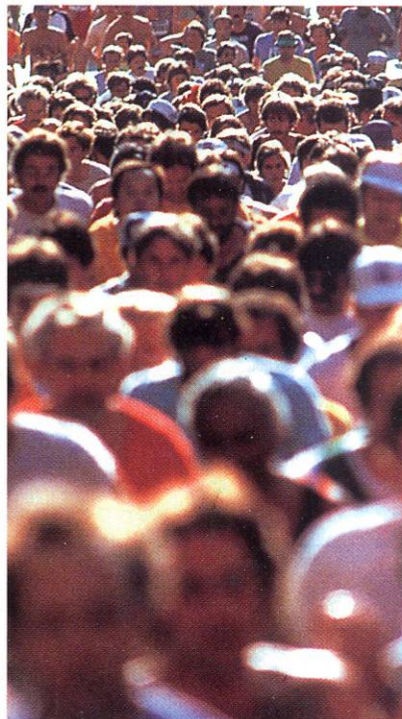
A pesar de esta gradual convergencia entre las visiones del ecologismo y del urbanismo más avanzado y a pesar de que, al socaire de la idea de sostenibilidad, la preocupación por el medio ambiente ha pasado a formar parte ineludible de los discursos institucionales, el caso es que el panorama dista de estar claro a la hora de entender en qué consisten realmente la sostenibilidad urbana o el urbanismo llamado ecológico. Se trata de un debate abierto y referido a un escenario fundamental en el que el ecologismo está llamado a jugar un papel mucho más importante del que ha desempeñado hasta ahora.

La clave y los términos de este debate

son, por otra parte, similares a los que se plantean en todos los demás ámbitos en un momento como el actual en el que el adjetivo *ecológico* en cualquiera de sus acepciones (ambiental, sostenible, etc.) se adhiere alegremente a cualquier sustantivo necesitado de urgente revisión. La primera pregunta en todos los casos es qué criterios son los que pueden permitir dilucidar si el uso de dicho adjetivo está plenamente justificado o si responde simplemente a la cada vez más extendida estrategia de maquillaje *verde*. Lejos de cerrar el debate, las respuestas a esta cuestión de fondo no han de servir sino para despejar el camino para el amplio abanico de alternativas posibles de actuación en el campo correspondiente, en este caso el de lo urbano, desde la perspectiva del ecologismo.

Las ideas y formulaciones generales que se exponen a continuación sin ánimo sistemático ni exhaustivo pretenden ser una

Los propios ciudadanos deben decidir los procesos de transformación de su ciudad.



contribución personal a este debate desde la experiencia ciudadana y profesional y desde la reflexión teórica. Más que ofrecer respuestas o recetas unívocas, buscan animar a quienes se consideran parte del movimiento ecologista a profundizar por su cuenta en el análisis y la comprensión de una realidad ineludiblemente urbana en aras de conseguir una mayor coherencia y eficacia en las cada vez más urgentes intervenciones dentro de este ámbito.

Planificación y participación

Dado que es el de *urbanismo* y no el de *ciudad* o el de *fenómeno urbano* el término que figura de forma prominente en el título de este número monográfico, puede ser coherente comenzar esta serie de formulaciones reivindicando con firmeza la necesidad de la denominada disciplina urbanística desde la perspectiva ecológica. Decir que, para ser realmente ecológico, todo proceso de transformación urbana y territorial debe ser planificado y que, para ello, son necesarias herramientas, metodologías y políticas de formación específicas no se propone, sin embargo, como una simple defensa, frente al imparable avance de las estrategias desreguladoras ultraliberales, del urbanismo actual y de todo el conjunto de figuras y reglamentos de planeamiento existentes, ni del actual sistema académico de formación de *especialistas*, sumidos todos en plena crisis. Bien al contrario, constituye una llamada a una reformulación completa de la disciplina desde abajo, en el sentido de recuperar su vocación subyacente originaria de herramienta al servicio de los ciudadanos, fagocitada por su función de mecanismo de regulación de los intereses contrapuestos de los diferentes sectores dominantes con respecto al territorio y la ciudad.

De acuerdo con esta formulación, y haciendo converger la idea de crisis del urbanismo con la de crisis de la democracia representativa, la tarea que se impone es la de invertir por completo el sistema actual de toma de decisiones sobre la construcción de la ciudad, contribuyendo a crear las condiciones para que sean los propios ciudadanos los que tomen las

riendas de todos los procesos de transformación urbana. En aras de este objetivo, el de generar procesos de planificación verdaderamente democrática, hay que reinventar el urbanismo para convertirlo realmente en un lenguaje de uso común al servicio de todos los ciudadanos. Aunque después de una década de aplicación se la puede calificar de fallida como experiencia práctica en términos generales, la propuesta formulada en Río 92 para la realización de Agendas 21 Locales puede exponerse como uno de los ejemplos más avanzados desde el punto de vista conceptual de este intento de inversión del proceso de planificación, otorgando el protagonismo a los ciudadanos.

En resumen, si un principio ecológico básico en el ámbito del urbanismo sería el de planificación, sólo cumpliría tal condición asociado estrechamente al que podríamos denominar principio de participación, según el cual son los propios habitantes del territorio los que mayor conocimiento dinámico acumulan y, por tanto, mayor capacidad propositiva y de acción poseen con respecto a su hábitat. Según la insuperable formulación de Mariano Vázquez: "No hay otro conocer urbano que la acción de la ciudadanía". Si hubiera que llegar a una síntesis máxima de lo que entendemos por urbanismo ecológico en un solo principio, sería sin lugar a dudas éste el elegido.

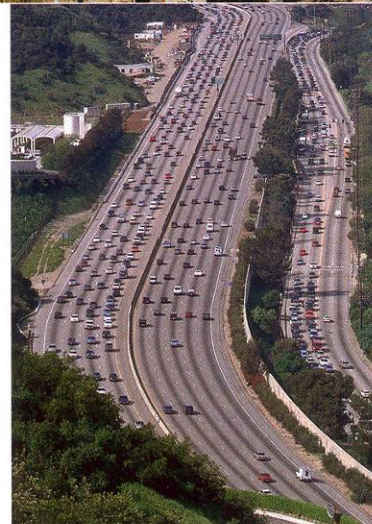
Dentro de este marco básico irrenunciable, son muy diversos los recorridos que se podrían emprender para dilucidar y exponer los elementos básicos de un urbanismo ecológico a las diferentes escalas (planeta, territorio, ciudad, barrio, edificación, espacio interior...) o en relación, por ejemplo, con los diferentes sectores del denominado metabolismo urbano (energía, agua, residuos, movilidad...), con los diferentes procesos implicados (planificación, diseño, promoción, construcción, uso...) o con las diferentes funciones del espacio urbano (espacios públicos, naturaleza en la ciudad, equipamientos y dotaciones, vivienda, industria, comercio...). Sin embargo, dado que, al margen de las limitaciones de espacio, no es el objetivo de la presente contribución llevar a cabo una imposible exposición académica exhaustiva ni elaborar un hipotético programa detallado para uso del movimiento ecologista, cabría entresacar ahora entre todo este abanico de temas aquellas vías de reflexión más susceptibles de enriquecer el debate.

Crece o no crece

Uno de estos temas fundamentales es, claro está, el del crecimiento urbano. Para abordarlo, hay que huir de las simplificaciones. El caso del territorio español, caracterizado por la macrocefalia de una depredadora capital en continuo crecimiento



Las densidades urbanas muy altas y las muy bajas son las más insostenibles. Arriba: Hong-Kong, una de las ciudades más densas del mundo; derecha: autopistas de acceso a Los Ángeles, un ejemplo de ciudad dispersa.



en mancha de aceite; plagado de pueblos abandonados; y sometido simultáneamente a un brutal *boom* constructivo dominado por la vivienda especulativa y la segunda residencia, resulta paradigmático en este sentido. Una estrategia global de reequilibrio territorial desde el punto de vista ecológico conllevaría necesariamente y de forma simultánea las tres posibles alternativas con respecto al conjunto de núcleos urbanos: incremento, descenso o permanencia de la población en términos numéricos. Y ninguna de estas tres alternativas, a su vez, tendría por qué estar asociada automáticamente con un incremento de la edificación existente o, en un caso hipotético, la demolición o sustitución de toda la edificación 'sobrante'. En cualquier caso, no tiene sentido formular como principio ecológico general el que los núcleos urbanos deben dejar de crecer sin hacer referencia expresa a qué núcleo urbano, en qué territorio concreto y en qué plazo temporal, sin distinguir claramente entre el número de habitantes, los metros cuadrados edificados y los usos urbanos y, sobre todo sin explicitar el modelo territorial global propuesto, es decir, la relación de ese núcleo con todos los demás del territorio.

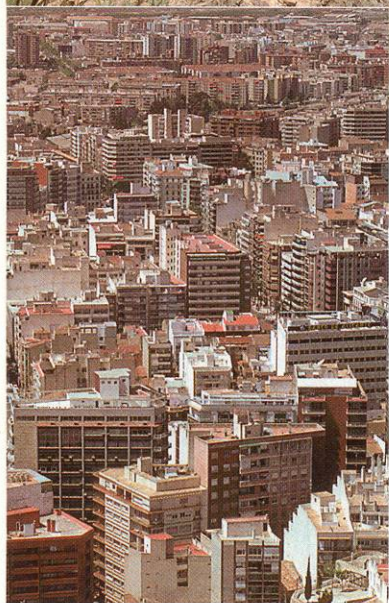
Un elemento conceptual básico dentro de este campo de reflexión es la consideración del suelo por su valor de uso, es decir, por sus cualidades específicas y no transferibles y por su grado de idoneidad para los diversos usos posibles, y no por su valor de cambio, como es lo habitual dentro del modelo dominante, para el cual el suelo constituye una sustancia homogénea, isotrópica e inagotable cuya única función es aportar la materia prima básica para mantener en marcha y bien lubricada la *máquina* inmobiliaria.

A este respecto, resulta paradigmática de esta visión dominante la recién aprobada Ley del Suelo de la Comunidad Madrileña, que, al margen de su estructura confusa y repleta de incongruencias desde el punto de vista técnico y a pesar de estar salpicada de continuas advocaciones a la

protección del medio ambiente, entre otras cosas hace desaparecer de un plumazo el suelo no urbanizable común, manteniendo sólo la categoría del suelo no urbanizable especialmente protegido, haciendo así explícita esta visión del suelo como suelo urbanizable por 'vocación intrínseca' mientras no se demuestre lo contrario y dificultando enormemente a los profesionales más conscientes la tarea de sustraer suelo al proceso de urbanización con los mecanismos de planeamiento actualmente existentes. Al margen de la lucha necesaria de los ecologistas madrileños contra esta ley de consecuencias desastrosas para el territorio, otra tarea imprescindible para el movimiento ecologista es reflexionar sobre cuáles deberían ser los elementos básicos de una reglamentación del suelo verdaderamente ecológica que contribuyera a la inversión del proceso, de manera que fuera la necesidad de urbanizar la que exigiera ser demostrada de manera estricta en cada caso.

Este tema fundamental del crecimiento urbano introduce a su vez otras cuestiones básicas como son las referidas a la capacidad de carga del territorio, a la densidad urbana y al mantenimiento y la reutilización del patrimonio construido. De nuevo, ninguna de ellas admite las simplificaciones.

La cuestión de la capacidad de carga del territorio es la que, a partir de la idea de



En nuestro territorio conviven ciudades en constante crecimiento con pueblos abandonados.

FOTO ARRIBA: ECOLÓGISTAS EN ACCIÓN; IZDA: QUINO MIGUÉLEZ.

elemento básico de la vida ciudadana, la presencia de la vegetación, y el predominio de los desplazamientos peatonales por encima de cualquier otro tipo de movilidad, ofrecen las mayores oportunidades para el desarrollo de los valores de sociabilidad, mestizaje y comunicación que hacen de la ciudad el ámbito privilegiado. La idea de la ciudad como artefacto acumulador de información ofrece valiosas perspectivas en este sentido. Dentro de este ámbito de reflexión se situaría también la consideración de la ciudad como un conjunto de piezas urbanas con un alto grado de identidad y autosuficiencia convenientemente articuladas entre sí: propuestas como los denominados *ecobarrios* o la idea de *barrios-ciudad* van en este sentido.

Construir o mantener y reutilizar

La tercera de las cuestiones, que hace referencia al mantenimiento y la reutilización del patrimonio construido, abre las puertas a una de las formulaciones más polémicas del urbanismo sostenible en su versión más coherente. En referencia a la arquitectura, el arquitecto alemán Frei Otto lo expresó de forma contundente: "La única arquitectura verdaderamente ecológica es la que no se hace". De nuevo, no son aconsejable las simplificaciones, pero esta formulación permite entender de forma muy clara el que, junto con el de participación expuesto anteriormente, podríamos considerar el segundo principio fundamental del urbanismo ecológico, que exigiría cuestionarse la necesidad real de cualquier intervención, cualquiera que sea la escala, antes de llevarla a cabo, como la forma más adecuada de evitar el despilfarro asociado a la misma en cuanto a energía, materiales y territorio. De alguna forma, se trata de la aplicación al campo del urbanismo de las famosas tres 'R' (reducción, reutilización, reciclaje) ya consagradas en el campo de los residuos.

Dentro de un paisaje planetario fundamentalmente antropizado en el que lo cons-

truido se erige en segunda naturaleza, se abre paso cada vez con más contundencia entre los sectores más conscientes, sobre todo en la hiperurbanizada Europa, la idea de que la estrategia fundamental desde el punto de vista de la sostenibilidad urbana pasa por la rehabilitación, la transformación y, en su caso, la sustitución del tejido construido antes que por la ocupación de nuevo suelo y la extracción de nuevos recursos para la construcción. No es difícil imaginar el rechazo que causa esta idea entre todos aquellos sectores económicos y profesionales cuya supervivencia depende precisamente de que la máquina inmobiliaria siga funcionando a pleno rendimiento; no hace falta volver a extenderse sobre el caso del territorio español. Y lo cierto es que tampoco despierta las simpatías de todos aquellos que están haciendo de la denominada arquitectura *eco-tecnológica* y otras variantes de moda su campo privilegiado de actuación, desde arquitectos y urbanistas hasta empresas e instituciones deseosas de ofrecer una resplandiente imagen verde.

Profundizando en cada una de estas cuestiones que se acabamos de recorrer a vuelapluma, podríamos ir desgranando a su vez nuevos temas y debates, en un proceso continuo que nos permitiría en último extremo aproximarnos a la totalidad del fenómeno urbano en toda su complejidad, planteando nuevas cuestiones y dudas. No era éste, sin embargo, como ya se ha dicho, el objetivo de la presente contribución, sino sobre todo el de dar cuenta de dicha complejidad y de la necesidad de abordarla con herramientas adecuadas. Es de señalar que, de forma consciente, se han dejado prácticamente fuera de esta exposición otros temas íntimamente ligados al ámbito del urbanismo, como son el de la movilidad, el del agua, el de la energía, el de los residuos o el de la agricultura, entre otros, en los cuales realmente se ha forjado verdaderamente el movimiento ecologista y en los cuales éste ha generado un sólido cuerpo de teoría y práctica. Sin embargo, en aras de enriquecer el imprescindible proceso de reflexión y debate, sería necesario profundizar también en esa íntima relación entre todos estos temas sectoriales desde la perspectiva del fenómeno urbano, tratando de superar las carencias que, en este sentido, ha mostrado en ocasiones el movimiento ecologista. En cualquier caso, si algo debe caracterizar el pensamiento ecológico, al margen del objeto de reflexión que adopte, es la necesidad de no aceptar las respuestas fáciles ni los modelos cerrados. Sólo de esta forma se puede enriquecer un debate cada vez más necesario en un mundo aquejado por una profunda crisis urbana. 🌱

la ciudad como ecosistema y como artefacto generador de residuos y sumidero de recursos energéticos y materiales, nos puede permitir establecer entre qué límites y umbrales razonables puede concebirse el crecimiento de un núcleo urbano e introduce a su vez el debate de la autosuficiencia, uno de los principios básicos del ecologismo, según el cual hay que tender a cerrar los ciclos de producción y consumo, reconvirtiendo los residuos en recursos, como hace la naturaleza. El debate en este caso está en cómo se eligen los contornos de los sistemas urbanos por debajo del ámbito planetario. La idea de huella ecológica de una ciudad, en cualquier caso, ha constituido una aportación fundamental a este debate.

La segunda cuestión, referente a la densidad urbana, lleva directamente al debate sobre la habitabilidad del espacio urbano y de nuevo permite definir límites y umbrales flexibles: como regla general, sólo nos permite establecer que las densidades urbanas muy bajas (el modelo Los Ángeles) o muy altas (el modelo Hong Kong) son las más insostenibles, pero deja un amplio margen intermedio donde intervienen todo tipo de factores espaciales, culturales, climáticos, etc. En cualquier caso, son estas densidades intermedias las que, unidas a otros valores fundamentales como son la mezcla de usos, la diversidad urbana, la consideración del espacio público como